

El Diácono durante la Misa
Principios generales
Con anotaciones para el diácono

Las siguientes normas han sido extraídas de la “Institución General del Misal Romano” (IGMR), el “Orden de la Misa” y el *Ceremonial de los Obispos*. Estas normas están siendo publicadas por medio de la colaboración de la Oficina de Formación para el Diaconado, la Oficina de Diáconos en Ministerio y la Oficina para el Culto Divino, las cuales se aplican a todos los diáconos que ejercen su oficio en la Arquidiócesis de Los Ángeles.

Cuando el diácono está sirviendo, él debe vaciarse de toda preocupación egoísta. Debe verse a sí mismo como un servidor de la liturgia y nunca como el amo. Debe asistir al sacerdote y al altar con la humildad de aquel cuyo mismo Cuerpo y Sangre fueron ofrecidos en el altar de la cruz.

Cuando viene a proclamar el Evangelio, el diácono debe también vaciarse de toda sabiduría mundana y llenarse sólo de la sabiduría de Dios. Debe hacerse menos a sí mismo para que la Palabra de Dios eche raíz en él y para que los que oyen su voz no oigan sólo a él, sino a Jesucristo que vive en él. Su aclamación de la “Palabra del Señor” debe sonar auténtica y verdadera.

Cuando proclama las intercesiones o invita al pueblo a la oración, los fieles deben reconocer en él a un hombre digno de confianza y a un hombre compasivo, al cual pueden acudir con cualquiera de sus necesidades. Los pobres deben conocerlo como su amigo. Los huérfanos deben verlo como su padre, y todos los que están solos, con miedo o confundidos deben ver en él un refugio en el modelo de Jesucristo. Todos deben tener tal confianza en su prudencia y caridad que su sabia guía será espontáneamente recibida.

Finalmente, los que reciben la Preciosa Sangre de nuestro Salvador por medio de las manos del diácono, deberán recibir el cáliz como si la persona que se los da sabe el significado del sacrificio que es el ser derramado por el pueblo de Dios y el de luchar por la santidad de la vida. El diácono también debe tomar la copa de la salvación como alguien cuya vida misma es un himno de alabanza al Señor. Porque la copa que lleva es su salvación y el modelo de la vida a la que se le llamó en su papel de diácono.

Lo que el Misal Romano y la Iglesia piden del diácono es que él se parezca más a Cristo. Que participe en su muerte y resurrección pascual: presente en su vivir y en su oración, en lo que hace y en quién se ha convertido.

Este es el misterio del ministerio diaconal en el altar. ¡Es el misterio de la Iglesia y el misterio de todos los que están llamados a la Cena del Cordero!¹

El sacrificio eucarístico de la misa es la acción de Cristo mismo (IGMR, n. 11) y del pueblo de Dios, en la cual todos los fieles adoran al Padre por medio del Hijo, en el Espíritu Santo (n. 16) y se unen a Cristo en acción de gracias por todas las grandes maravillas que Dios ha hecho (n. 78)

La misa es el “sacramento de la unidad” (nn. 91, 92) en el que los fieles se alimentan de la mesa preparada, tanto de la Palabra de Dios, como del Cuerpo de Cristo (n. 28). Esta unidad se expresa

¹ Translated from: Monsignor James P. Moroney, “The Deacon and the Liturgy: A Search for Identity,” Address to the National Association of Directors of the Permanent Diaconate, Notre Dame, Indiana (April, 2003).

concretamente en la postura común (n. 42), el canto comunitario (n. 47), el silencio reverencial (n. 45, 56) y la participación de un solo pan y una sola copa (nn. 83, 321).

Después del sacerdote, por medio de la virtud que le otorga su ordenación sagrada, el diácono ocupa el primer lugar entre los que ministran en la celebración de la Eucaristía. El orden sagrado del diaconado mantiene un alto honor desde la época de los Apóstoles en nuestra Iglesia.

El diácono no concelebra la Misa. El sacerdote o el obispo es siempre el celebrante; el papel del diácono es el de asistir al celebrante. Siempre que un diácono esté presente en la misa, él debe ejercer su oficio, a menos que haya más diáconos de lo que la celebración requiera. Como asistente principal del celebrante en la misa, siempre debe asegurarse de que todo esté preparado para una celebración adecuada. Las tareas principales del diácono que asiste en la misa son: proclamar el Evangelio, preparar y servir en el altar, ser ministro del celebrante principal y distribuir la Eucaristía a los fieles. El diácono no comparte ninguno de los deberes o las oraciones que le pertenecen al celebrante, tampoco se dirige directamente a Dios en las oraciones; él asiste.

Misa con un diácono (proveniente del IGMR, **con anotaciones en rojo**)

Antes de que comience la liturgia, el diácono debe comunicarse con el celebrante y ponerse de acuerdo sobre las opciones que le corresponden a la celebración, esto incluye la colocación de las cintas en el *Misal Romano*, el uso de incensio, el acto penitencial, si habrá partes que él cantará, y la despedida. También, por cortesía, el diácono debería asistir no solo al sacerdote, pero al sacristán y a los otros ministros en las preparaciones necesarias para la misa.

1. Cuando un diácono asiste en la celebración de la Eucaristía, él debe ejercer su ministerio con vestiduras sagradas (n. 338)

Lo ordinario es que la vestidura del diácono incluya el alba, la estola y la dalmática. Se pueden usar solo el alba y la estola durante ocasiones menos solemnes. Lo ideal es que se use la dalmática los domingos, las solemnidades y las fiestas. El alba debe de cubrir por completo la ropa de abajo—no se debe de ver la corbata ni el cuello de la camisa. Si es necesario, se puede usar un amito. La estola nunca se debe de usar sin el alba. Si la parroquia no dispone de dalmáticas, la primera que se adquiere debe de ser blanca.

2. El diácono:
 - a. Asiste al celebrante y procesiona a su derecha (a menos que esté procesando con el *Evangelionario*, en cuyo caso, le precede al celebrante y a los concelebrantes en la procesión),
 - b. Cuando lo sea necesario, le da instrucciones sobre la postura a los fieles
 - c. Proclama el Evangelio y a petición del celebrante, puede predicar la homilía (n.55)
 - d. Enuncia las intenciones de la oración universal
 - e. Prepara el cáliz, el *Misal Romano* y arregla los vasos sagrados en el altar
 - f. Asiste al celebrante con la distribución de la comunión, especialmente como ministro de la Sagrada Sangre de Cristo, y limpia los vasos sagrados
 - g. Desempeña los oficios de otros ministros cuando alguno de ellos no esté presente (n.171)
 - h. Despede la asamblea, usando una de las cuatro despedidas que se encuentran en el *Misal Romano*

Ritos Iniciales

3. El diácono, con sus vestiduras sagradas y con el *Evangelionario*, precede al celebrante y a los concelebrantes durante la procesión hacia el altar, o camina al lado del celebrante cuando no lleva el *Evangelionario* en la procesión (n.172)

Si el diácono está vestido para la celebración de misa de domingo o solemnidad, su deber principal en la procesión es el de procesar con el *Evangelionario*.

4. Al llegar al altar, si el diácono lleva consigo el *Evangelionario*, no hace la reverencia. Ya que halla colocado el *Evangelionario* sobre el altar, espera al celebrante, y los dos juntos veneran el altar con un beso.

El diácono con el *Evangelionario* siendo el primer clero en la procesión, le precede a cualquier otro clero. Al acercarse a los escalones del santuario o al altar, él que lleva el *Evangelionario* no hace ningún tipo de reverencia. Se acerca al altar y coloca el *Evangelionario* plano y boca arriba en el altar. Espera al celebrante y los dos juntos veneran al altar con un beso.

5. Sin embargo, si el diácono no lleva el *Evangelionario*, lo apropiado es que haga una inclinación profunda, juntamente con el celebrante, y con él venera el altar con un beso (n. 274). (En dado caso que el tabernáculo está en el santuario, todos los ministros hacen una genuflexión cuando se acercan al altar por primera vez y cuando se retiran del santuario después de la despedida, pero no durante la celebración de la misa.)

Un tabernáculo que se encuentra en el santuario no se venera durante la misa, solo con una genuflexión al principio y al final de la misa. Una genuflexión consiste en doblar la rodilla derecha hasta el piso. Si el diácono no puede hacer una genuflexión completa y elegante, puede inclinar el cuerpo.

6. Si se usa incienso, el diácono ayuda al celebrante a poner incienso en el incensario (n. 173). El diácono puede acompañar al celebrante mientras se incienso el altar y el crucifijo, caminando al lado o inmediatamente detrás de él. El diácono debe inclinarse también cuando lo hace el celebrante (*Ceremonial de los obispos*, n. 131).

Esto normalmente significa que como mínimo, el diácono sostiene la naveta si es que un acólito o servidor sostiene el incensario. O si no hay otro ministro, el diácono ayuda según sea necesario a sostener el incensario.

7. Después de la incensación, el diácono se dirige a la sede junto con el celebrante y allí permanece a su lado y le ayuda, según sea necesario (IGMR n. 174)

Acto Penitencial

8. Después de que el celebrante haya invitado a los fieles al Acto Penitencial, el diácono permite que pase un período de silencio razonable, mas no prolongado y sin precipitarse continua con las siguientes invocaciones (Orden de la Misa, n. 4)

El celebrante puede pedirle al diácono que use la tercera forma del Acto Penitencia. El celebrante es el que pronuncia la absolución.

Para estar preparado, el diácono debe de memorizarse, por lo menos, una de las opciones para la tercera forma del Acto Penitencial que se proveen en el *Misal Romano*:

Tú que has sido enviado para sanar a los contritos de corazón,

Señor ten piedad. (Kýrie eléison);

Tú que has venido a llamar a los pecadores, Cristo, ten piedad (Christe eléison);

Tú que estás sentado al a derecha del Padre para interceder por nosotros,

Señor, ten piedad (Kýrie eléison).

Mas ejemplos para las invocaciones del el Acto Penitencial se pueden encontrar en el Apéndice VII del *Misal Romano*

Si el celebrante usa el *Confiteor* (“Yo confieso ante Dios todopoderoso...”), después de este se le puede pedir al diácono que diga o cante el *Kýrie* (si es que el cantor o el coro no lo van a cantar):

Señor ten piedad.

Cristo, ten piedad.

Señor ten piedad.

Liturgia de la Palabra

9. Si se usa incienso, el diácono ayuda al celebrante el poner incienso en el incensario mientras se dice el Aleluya u otro canto (IGMR), n. 175)

Esto normalmente significa que el diácono sostiene la naveta si es que un acólito o servidor sostiene el incensario. O si no hay otro ministro, el diácono ayuda según lo sea necesario a sostener el incensario.

10. El diácono hace una profunda reverencia ante el celebrante y le pide su bendición, diciendo en voz baja: “Padre, dame tu bendición”. El celebrante lo bendice: “El Señor esté en tu corazón” El diácono se signa con la señal de la cruz y responde: “Amén”. (n. 175)

Arrodillarse frente al obispo cuando se pide la bendición no es apropiado. El diácono dice: “Padre, dame tu bendición”, ya sea que el celebrante sea un obispo o un sacerdote. El diácono dice, “Amén” al final de la bendición.

11. Después de haberse inclinado ante el altar, él toma el *Evangelionario* que había sido colocado sobre el altar. Se dirige al ambón, llevando el libro ligeramente elevado. Le precede un turiferario, que lleva un incensario con incienso humeante, y los servidores con cirios encendidos (n. 175).

12. Una vez en el ambón, saluda al pueblo, diciendo con **las manos juntas**: “*El Señor esté con ustedes*”. Después dice: “Lectura del santo Evangelio...” signa con el pulgar el libro y después a sí mismo en la frente, en los labios y en el pecho. Inciensa el libro y proclama la lectura del Evangelio.

El diácono mantiene sus manos juntas, nunca extendidas, mientras saluda a los fieles. El saludo del diácono al pueblo es parte de un diálogo de dos partes. El diácono debe mirar a las personas cuando dice: “*El Señor esté con ustedes*”, y seguir mirándolos mientras que se completa el diálogo cuando le responden: “*Y con tu espíritu*”. Este no es el momento de estar mirando el libro. Anuncie la lectura mirando a la gente, diciendo: “*Lectura del santo Evangelio...*” Nuevamente, siga mirando a la gente mientras que se completa el diálogo cuando responden: “*Gloria a ti, Señor Jesús*”. El saludo no es un saludo personal del diácono, sino el comienzo de una proclamación formal. Por lo tanto, no se deben agregar ni quitar palabras.

Si se usa incienso, el *Evangelionario* se inciensa siguiendo el anuncio de la lectura con tres movimientos del incensario: uno hacia el frente, uno hacia la izquierda y otro hacia la derecha, el mismo patrón que se usa para el signo de la cruz. El incensario se devuelve al servidor o acólito que se encuentra cerca del diácono. El diácono proclama la lectura del Evangelio.

13. Terminando la lectura, aclama: “*Palabra del Señor*”, a lo que todos responden: “*Gloria a ti, Señor Jesús*”. En seguida venera el libro con un beso y diciendo en secreto: “*Las palabras del Evangelio*”. (n. 175)

Debe haber una pausa después de la proclamación de la lectura y cuando se anuncia, “*Palabra del Señor*”. Esto se dice sin hacer gestos con las manos y sin levantar el libro del ambón. No hay que decir otras palabras o fórmulas. Este es un diálogo entre el diácono y el pueblo; el diácono debe mirar a la gente cuando dice: “*Palabra del Señor*” y mantener la mirada en el pueblo mientras que responden: “*Gloria a ti, Señor Jesús*”. Una vez que han respondido, el diácono besa el libro. El diácono debe memorizar las palabras que se dicen al final en secreto (*sotto voce*): “*Las palabras del Evangelio*”.

En ocasiones solemnes se puede cantar el saludo al pueblo y el anuncio del Evangelio. Solo se deben usar las configuraciones de canto provistas en el *Misal Romano*. Si se usa el canto al comienzo de la proclamación, también se debe usar en la aclamación, al final de la proclamación. Los cantos están disponibles en el Apéndice II del *Misal Romano*.

14. Cuando el diácono está asistiendo a un obispo, después de la respuesta del pueblo, puede llevarle el *Evangelionario* para que lo bese. En celebraciones más solemnes, según lo permitan las circunstancias, el obispo puede impartir una bendición al pueblo con el *Evangelionario*. Después, el diácono lleva el libro a la credencia o a otro lugar digno y apropiado (n. 175).

El diácono debe preguntar al obispo antes de la Misa si besará el *Evangelionario* después de la proclamación, o si prefiere que lo haga el diácono. Si el obispo opta por bendecir al pueblo con el *Evangelionario*, el diácono se coloca al lado del obispo, frente al pueblo. Una vez concluida la bendición, el diácono se acerca nuevamente ante el obispo para agarrar el *Evangelionario*.

Si el obispo elige recibir el *Evangelionario* y bendecir al pueblo, entonces el diácono no besa el libro después de proclamar el Evangelio. Si el Evangelio es proclamado de un Leccionario (en vez del *Evangelionario*), el Leccionario no se besa.

15. Si no hay otro lector calificado presente, el diácono puede proclamar las otras lecturas junto con el Evangelio (n. 176). Sin embargo, se debe hacer todo lo posible para asegurar la presencia de lectores en la celebración de la liturgia eucarística (n. 109).

Al prepararse para la Santa Misa, el diácono debe familiarizarse y practicar todas las lecturas del día. El diácono también debe estar preparado para predicar, incluso si no se le ha dado un aviso previo.

16. Después de que el celebrante introduce la Oración Universal, el diácono anuncia las intenciones desde el ambón u otro lugar adecuado (n. 177). Él permanece en el ambón mientras el celebrante concluye la Oración Universal con una oración (Pautas para Lectores: Arquidiócesis de Los Ángeles, n. 23).

Durante la oración final, el diácono permanece en el ambón o donde se hayan anunciado las intenciones. Puede retirarse sólo hasta que la gente haya respondido "Amén," después de la oración final. En dado caso que no haya previamente habido un diácono en la parroquia, algunos lectores tal vez no entiendan la distinción entre los deberes de ellos y el del oficio de diácono. Por lo tanto, cuidado pastoral se debe usar para educarlos, y demostrar suficiente flexibilidad para no alejarlos.

17. Al concluir esta oración, el diácono comienza la preparación del altar.

Liturgia Eucarística

18. Después de la Oración Universal, mientras el celebrante permanece en la sede, el diácono con la ayuda de los servidores o acólitos prepara el altar. El cuidado de los vasos sagrados le pertenece al diácono. Desde un lugar adecuado, el diácono asiste en la recepción de los dones (pan y vino) del pueblo; está permitido que el diácono reciba los dones por sí mismo si así lo desea el celebrante (n. 178).

Las parroquias individuales tienen varias maneras de hacer esta parte. Si por un tiempo una parroquia no ha tenido un diácono, estos protocolos deberán de realizarse tomando en cuenta el oficio auténtico del diácono. Es posible que algunos sacristanes y servidores adultos puedan no entender la distinción entre los diferentes papeles y el oficio de diácono, por lo que se debe tener cuidado pastoral al educarlos, y demostrar suficiente flexibilidad de modo a no alejarlos.

19. El diácono le entrega al celebrante la patena con el pan que se va a consagrar y vierte vino y un poco de agua en el cáliz, diciendo en secreto: "Por el misterio de esta agua..." Luego presenta el cáliz al celebrante. El diácono también puede preparar el cáliz en la credencia.

Si hay más de un cáliz, solo se agrega agua al cáliz del celebrante. El agua no debe ser bendecida antes de que se vierta en el cáliz.

La oración: "Por el misterio de esta agua y vino, que lleguemos a participar en la divinidad de Cristo, el cual se humilló a sí mismo para participar en nuestra humanidad", se dice sotto voce—o sea, en secreto y a sí mismo. Esta oración debe de ser memorizada y no decirse en voz alta, especialmente mientras el celebrante esté diciendo las oraciones del ofertorio.

20. Si se usa incienso, el diácono ayuda al sacerdote a incensar las ofrendas, el altar y el crucifijo. Después, el diácono o el acólito incensa al sacerdote y al pueblo (n. 178).

Si uno o más obispos están concelebrando, se les inciensa después del celebrante principal. Luego, se inciensa a los sacerdotes que estén concelebrando. Si hay diáconos presentes se les inciensa junto con el pueblo y nunca por separado. Para la incensación del pueblo, el diácono, llevando el incensario, va al frente del altar, mira al pueblo y les señala con una mano para que se pongan de pie. Los inciensa con tres movimientos del incensario, centro, izquierda y derecha. El incensario se devuelve al servidor o acólito (o se coloca sobre el soporte), y el diácono vuelve a su lugar cerca del celebrante en el altar.

21. Durante la Plegaria Eucarística, el diácono está junto al celebrante, pero un poco detrás de él, para cuando sea necesario **que asista al sacerdote con el cáliz** o Misal Romano (n. 179).

El diácono debe ajustar la distancia que mantiene del celebrante. No debe estar tan cerca de él que pudiera parecer que está concelebrando, ni tan lejos que parezca que no está asistiendo. El diácono debe conocer el *Misal Romano* lo suficientemente bien como para poder ayudar al celebrante a colocar los listones en el lugar apropiado y también dar vuelta a las páginas para seguir el orden apropiado, si es que así se le requiere.

Cuando haiga concelebrantes presentes, se unen al celebrante alrededor del altar antes del Prefacio. El diácono debe evitar pararse entre los concelebrantes y el altar (n. 215).

22. Desde la epiclesis hasta la elevación del cáliz, el diácono, ordinariamente, permanece de rodillas. Si están presentes varios diáconos, uno de ellos puede poner el incienso en el incensario para la consagración, e incensar durante la elevación de la Hostia y el cáliz (n. 179).

El diácono se arrodilla durante la Plegaria Eucarística sólo si puede arrodillarse y pararse fácilmente y con gracia. Si hay dos diáconos presentes, ambos deben arrodillarse o ambos deben permanecer de pie; gestos divididos no son apropiados. El diácono se arrodilla cuando el celebrante impone sus manos sobre las ofrendas; este gesto ocurre en tiempos ligeramente diferentes entre las diversas Plegarias Eucarísticas. Durante la Plegaria Eucarística I (el Canon Romano), el diácono no se arrodilla cuando la señal de la cruz se hace sobre las ofrendas. No hay epiclesis explícita en esta versión de la oración, pero el diácono se arrodilla cuando el celebrante dice, “Compláctete, oh Dios, te rogamos, en bendecir...”.

La instrucción sobre el incienso que se encuentra en n. 179 en IGMR rara vez se hace. Arreglos de antemano deben hacerse si es que se va a llevar a cabo. Esto se puede hacer en algunas parroquias durante Misas muy solemnes.

23. Si el diácono no se puede arrodillar:

- a) Después de la consagración de la Hostia, el celebrante hace una genuflexión y el diácono hace una inclinación profunda al altar.
- b) Después de la consagración de la Sangre Preciosa, el celebrante hace una genuflexión y el diácono hace una inclinación profunda al altar (n. 43).

24. Durante la doxología final de la Plegaria Eucarística, el diácono de pie al lado del celebrante, después de haber sido entregado el cáliz, lo eleva mientras el celebrante eleva la patena con la Hostia, hasta que el pueblo haya aclamado “Amén” (n. 180).

El celebrante debe entregar el cáliz al diácono; sólo en el caso de que el celebrante no lo entregue, el cáliz puede ser retirado del altar por el diácono. El diácono debe estar atento a que nivel el celebrante eleva la Hostia y elevar el cáliz al mismo nivel.

25. Después de que el celebrante haya dichos la oración de la paz y el saludo: *“La paz del Señor sea siempre con ustedes”*, y que el pueblo haya respondido: *“Y con tu espíritu”*, el diácono puede invitar a todos a intercambiar el saludo de la paz, diciendo con las manos juntas y vuelto hacia el pueblo: *“Dense fraternalmente la paz”*. Él la recibe del celebrante y puede darla a los ministros más cercanos (n. 181).

El diácono mantiene las manos juntas mientras que invita al pueblo al saludo de paz (el extender las manos abiertas en la Misa es un gesto que **solamente** el celebrante usa cuando saluda o se dirige a la asamblea). El diácono debe memorizarse la fórmula exacta y sin alteraciones. La instrucción es el **dar** “la paz”, no **una** señal, o **alguna** señal. El diácono no debe improvisar usando otras palabras para invitar a la asamblea a dar el saludo de paz.

26. Habiendo comulgado el celebrante, el diácono recibe del mismo celebrante la Sagrada Comunión bajo ambas especies y después ayuda al celebrante a distribuir la Sagrada Comunión al pueblo. Si la Sagrada Comunión se distribuye bajo las dos especies, el diácono sirve como ministro del cáliz (n. 182).

La distribución de la Sagrada Comunión puede variar de parroquia a parroquia, bajo la dirección del párroco. Normalmente, aun cuando no se ofrezca el cáliz al pueblo, el diácono comulga bajo las dos especies.

27. Cuando se completa la distribución de la Sagrada Comunión, el diácono inmediatamente y con reverencia consume toda la Sangre Preciosa que resta en el altar. Puede ser asistido, si es necesario, por otros diáconos y presbíteros (n. 182) o, si no los están presentes, por ministros extraordinarios de la Sagrada Comunión (*“Normas para la distribución y recepción de la Sagrada Comunión bajo dos especies en las diócesis de los Estados Unidos de América”*, n. 52).

28. Cuando haya concluido la distribución de la Comunión, el diácono regresa al altar con el celebrante y recoge las Hostias restantes, y después lleva el cáliz y los otros vasos sagrados a la credencia donde los purifica y los arregla como de costumbre; el celebrante vuelve a la sede. Está permitido dejar en la credencia, sobre un corporal, debidamente cubiertos los vasos que deben de ser purificados y purificarlos inmediatamente después de la Misa, una vez despedido el pueblo (IGMR, n. 183).

La consolidación de las hostias restantes debe hacerse sobre un corporal, si es posible. Todas las hostias se colocan en un copón, se llevan al sagrario de manera sencilla (sin velas ni otros elementos procesionales, como se usa para la Bendición), y se depositan en el sagrario. El diácono hace una genuflexión justo antes de cerrar la puerta del sagrario.

Rito de conclusión

29. Después de la oración después de la Comunión, el diácono da al pueblo los breves anuncios, que quizás haya que hacer, a no ser que sacerdote mismo prefiera hacerlos. (n. 184).
30. Si se emplea la fórmula solemne para la bendición final, o incluso la oración sobre el pueblo, el diácono dice: *“Inclínense para recibir la bendición”*.

31. Después de la bendición final, el diácono, mirando al pueblo y con las manos juntas, despide al pueblo diciendo: “*Pueden irse en paz*” o alguna de las otras cinco fórmulas del *Misal Romano* (n. 185).

“La Misa ha terminado, vayan en paz” no está en el Misal Romano. Sólo se debe usar una de las cinco fórmulas de despedida enumeradas en el Misal Romano:

- 1) Pueden ir en paz*
- 2) La alegría del Señor sea nuestra fuerza. Pueden ir en Paz.*
- 3) Glorifiquen al Señor con su vida. Pueden ir en Paz.*
- 4) En el nombre del Señor, pueden ir en paz.*
- 5) En la paz de Cristo, vayan a servir a Dios y a sus hermanos.*

Durante la Pascua y el octavo de la Pascua, la despedida incluye un doble Aleluya, el cual se canta debidamente:

Pueden ir en paz, aleluya, aleluya.

La despedida con un doble Aleluya también concluye la Misa del domingo de Pentecostés.

32. Juntamente con el celebrante, el diácono venera el altar con un beso, se inclina profundamente y se retira del modo que había entrado (n. 186).

Cuando el Arzobispo José H. Gómez sea el celebrante principal, se observarán las siguientes normas:

33. Se le saluda con inclinación profunda al Arzobispo cuando se le acercan a él para servirlo, o terminado el servicio, se retiran o pasan delante de él. (*Ceremonial de los obispos*, n. 76)
34. Si el Arzobispo está sentado detrás del altar, los ministros le hacen reverencia al altar o al Arzobispo, según a qué o a quién se le acerquen. (n. 77)
35. Al cruzar por en medio del altar y el Arzobispo, el ministro se inclina ante el altar. Si hay varios obispos en el presbiterio, se hace reverencia sólo al que preside. (n. 78)

La posición de las manos

36. Al caminar de un lugar a otro o cuando se mantiene de pie, se acostumbra que las manos del diácono estén juntas, a no ser que tengan que llevar algo. (n. 107) Mantener las manos unidas significa juntar las manos palma a palma frente al pecho y apuntando hacia arriba en un ángulo de cuarenta y cinco grados.
37. Siempre que realice una acción con una mano, el diácono debe colocar la mano que no usa sobre el pecho para que la mano no quede suspendida torpemente en el aire. (GIRM, n. 167)
38. Cuando esté sentado, el diácono debe poner las manos sobre las rodillas (*Ceremonial de los Obispos*, n. 109).

El canto

39. Los diáconos deben estar familiarizados con los cantos específicos para las partes de la Misa, esto incluye las aclamaciones del Evangelio, la invitación al saludo de paz y las fórmulas para la despedida que se encuentran en el *Misal Romano*.
40. El diácono no canta en la Misa a menos que también lo haga el celebrante. Una excepción a este principio general puede ocurrir (cuando esté de acuerdo el celebrante) durante el saludo al Evangelio, con o sin que se cante la lectura del Evangelio.
41. El diácono debe abstenerse de cantar cualquier parte de la Misa si no puede cantar. La decisión de cantar cualquier parte de la Misa siempre debe de comunicarse de antemano con el celebrante.

Otros elementos que deben de tenerse en cuenta

42. El diácono debe evitar causar confusión entre su papel ministerial (asistente) y el del celebrante de la Misa. Algunas acciones y gestos son de naturaleza presidencial y, por lo tanto, el diácono no debe de usarlos.

Por ejemplo, los diáconos no deben levantar las manos en posición *orans* durante el Padrenuestro o en las invitaciones, “*El Señor esté con ustedes*”, o “*Dense fraternalmente la paz*”. Adicionalmente, el diácono no hace ningún gesto con las manos durante la Plegaria Eucarística y no hace reverencias cuando el celebrante eleva la Hostia y el cáliz durante la Consagración. Sin embargo, si el diácono no puede arrodillarse durante la Plegaria Eucarística, debe de hacer una inclinación profunda mientras el celebrante hace la genuflexión. Los diáconos arrodillados no deben inclinarse. Asimismo, el diácono nunca debe recitar ni pronunciar las palabras de la Plegaria Eucarística, la doxología final o cualquier otra parte hablada y reservada para el celebrante

Cuando dos diáconos están asistiendo

43. Si varios diáconos están presentes en la Misa, se distribuyen los deberes ministeriales entre ellos y realizan diferentes partes del mismo ministerio o deber (IGMR n. 109).
44. Cuando hay dos diáconos, uno actúa como Diácono de la Palabra, proclamando el Evangelio y anunciando las peticiones de la Oración Universal, y el otro diácono actúa como Diácono del Altar, asistiendo al celebrante en la silla y en el altar.
45. El Diácono del Altar entra en procesión al lado derecho del celebrante. El Diácono de la Palabra lleva el Libro de los Evangelios y entra frente los otros diáconos, concelebrantes y el celebrante (n. 172).
46. El Diácono del Altar está de pie a la derecha y ligeramente detrás del celebrante durante la Plegaria Eucarística. El diácono de la palabra está a la izquierda del celebrante (n. 179).

Nota:

Los diáconos deben estar de familiarizarse bien con el contenido de la “Institución General del Misal Romano”, particularmente con las secciones perteneciente a los nn. 171-186, la cual se refieren a la

celebración de la “Misa con Diácono” y la sección abarcada en los números 273-287, que dan "Algunas Normas Generales para Todas las Formas de Misa" incluyendo la purificación de los vasos sagrados y la Sagrada Comunión bajo ambas especies.